

¹8.5 JESÚS DETENIDO Y TRASLADADO AL CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE PISAGUA.

El cuatro de Septiembre de 1970 los latidos de miles y miles de corazones se hicieron escuchar como tambores por todas las calles, pueblos y ciudades de Chile. Miles y miles de corazones, gozando, saltaban en los pechos de los chilenos que durante tantísimos años lucharon para tener en la Moneda a un leal y verdadero patriota, amorador de su pueblo. La esperanza soñada se había hecho realidad cerca de la medianoche, cuando los voceros del gobierno dieron los últimos cómputos definitivos de las elecciones.

El nuevo Presidente Electo de Chile era el doctor Salvador Allende G. y se iniciaba en ese momento la verdadera lucha por la defensa de ese gobierno popular.

Fueron escasamente mil agitados y trágicos días los que alcanzó a gobernar el nuevo presidente. Desde el inicio comenzaron los asesinatos selectivos de personeros simpatizantes de la nueva autoridad máxima del país.

Primero un alto miembro de la Marina; le siguió el asesinato del General en Jefe del Ejército, General Rene Schneider y la lista se torna interminable, hasta cuando los jefes y dueños tradicionales del poder político, económico, militar, religioso, judicial, de la prensa, etc. nacionales, con la ayuda externa de la potencia extranjera de todos conocida, optan por derrocar el día 11 de Septiembre de 1970 al Presidente Allende mediante un golpe de estado, asesinando a

¹¹ El Capítulo VIII del “Manifiesto Irreverente y Otros Relatos”, consta de siete narraciones, pero ahora estoy difundiendo por mi sitio web solamente tres títulos. Hago presente que el texto de mi libro “ Manifiesto Irreverente y Otros Relatos”, no ha sido corregido por algún corrector de prueba, por razones de precio, por lo tanto está escrito en su forma original y sin pretensiones de nada y menos de competir por algo. Gracias. Hugo Eduardo Diaz.“.

miles y miles de chilenos, miles de compatriotas desaparecidos, torturando y abriendo campos de concentración en diferentes lugares de Chile y causando el mismo 11 de Septiembre el suicidio del Presidente Constitucional de Chile, Doctor Salvador Allende Gossens. El drama chileno se prolonga por diecisiete años, durante los cuales se sigue asesinando a la gente modesta de todo el país.

Muchos miembros de las fuerzas armadas son arrestados, torturados y condenados a prisión. Otros altos miembros de las Fuerzas Armadas de Chile son asesinados como el General Bachelet, de la Fuerza Aérea; el General Prat, Comandante en Jefe del Ejército de Chile, etc.

El once de Septiembre de 1973, Jesús Tadeo prestaba servicios como empleado público en la ciudad de Iquique, lugar donde fue detenido y conducido al Campo de Concentración de Pisagua.

Meses más tarde, al saber la población que un grupo de prisioneros de Pisagua, condenados en el Consejo de Guerra del mes de Febrero de 1974, estarían arribando a la Cárcel de Iquique, abuelas, abuelos, padres y madres, hermanos hermanas, esposas y esposos, hijos e hijas, nietos y nietas, novios y novias, parientes, amigos, estudiantes, etc., desafiaban a las tropas armadas, que equipadas ostentosamente como para un combate, patrullaban las calles y habían sido emplazadas en la entrada de Iquique, donde termina la ruta de ingreso a la ciudad puerto.

No obstante estar la ciudad sometida a Estado de Sitio de Guerra por el Gobierno Militar, derrocador del Presidente Constitucional, desde hacía seis meses y de ser intensas y continuas las pesquisas, detenciones y traslados de los opositores a campos de concentraciones, los parientes, amigos y simpatizantes oteaban ansiosamente y con ojos llorosos la ruta hacia lo alto del cerro. No se sabía la hora fija del

arribo del convoy militar por lo que la pobre gente desde temprano iba llegando, agrupándose y formulándose mutuamente mil conjeturas, ya que nadie sabía quiénes eran los afortunados condenados a cumplir sentencias desde cadena perpetua hasta relegación, pero que habían logrado sobrevivir.

Al atardecer, a lo lejos, en la curva en lo alto de la carretera se divisan dos camiones blindados del ejército. La gente, como era natural, especialmente las mujeres, miraban, angustiadas y expectantes, cómo los vehículos se acercaban más y más a la esperanza de ver a sus seres queridos. Pero fue inútil. El convoy con su carga humana se internó velozmente por la calle en dirección desconocida. La muchedumbre, desesperada, se dirigió, una parte al Regimiento y otra a la Cárcel de Iquique.

Los presos arribaron finalmente a la Cárcel de Iquique, con el objetivo de ser posteriormente distribuidos a las diferentes prisiones del país, incluyendo la Penitenciaría de Santiago y la gente debió soportar la larga espera hasta el día siguiente para conocer la suerte de sus parientes.

Pareciera que en momentos de peligro, de sufrimientos prolongados y al límite, en la gran mayoría de las personas el instinto de conservación casi anula la conducta solidaria, compasiva del ser humano. En momentos cruciales la fuerza de la naturaleza, la capacidad y habilidad del más apto, el sentido animalizado de sobre vivencia individualista, prevalece sobre los valores, exceptuando a esos raros ejemplares que entran en la categoría de héroes. En aquel grupo humano sufriente por la suerte corrida por su ser querido, cada uno velaba por lo suyo y nadie se preocupaba por el prisionero que no tenía amigos ni parientes en la ciudad. Ese estaba solo, tenía que valerse por sí mismo y enfrentar la adversidad también solo.

Jesús, el ex- nochero del Pabellón N° 3, cadavérico, rapado, con veinticinco kilos menos de su peso normal; el cutis color cochayuyo; ojos desorbitado y mirada casi demencial, era acariciado por las manitos de la menor de sus hijas de solamente ocho años. Mientras se reponía en casa de su compañera en espera de la fecha, en algunos días más, para presentarse al lugar de la relegación impuesta por el Consejo de Guerra, entonaba la letra completa de todos los himnos militares, cerca de treinta, que había sido obligado a cantar y memorizar en Pisagua.

Casi enajenado, cantaba y cantaba, sin cesar, causando gran preocupación a su mujer e hijos. Cantaba en el patio, cavando hoyos por aquí y por allá, trasladando la tierra con una pala de un lado para otro, sin ningún objetivo racional. Traía grandes piedras de playa y las ubicaba en hilera como se acostumbra en los regimientos. Pedía pintura y las pintaba con esmero exagerado.

Era como si quisiera transformar el sitio trasero de la casa en el patio de un Regimiento. Su mente aún estaba allá, en Pisagua. La familia debió soportar varios días tal actitud del nochero, hasta que restablecido, en parte, de su gran debilidad, éste lentamente fue captando la nueva realidad. Estaba libre. Ya no estaba en el Campo de Concentración de Pisagua. Sin embargo, seguía con su mente aún en nebulosa.

Durante el día, sin ningún motivo, repetidamente corría el visillo de la ventana y observaba el exterior, la calle, con ojos curiosos y temerosos, cómo si estuviera esperando el sorpresivo asalto de la casa por las fuerzas militares que patrullaban armados las calles de Iquique.

Durante la noche se levantaba continuamente y se dirigía a espiar por el patio hacia donde según él creía, podían aparecer los piquetes militares

represivos. Su insomnio y los sobresaltos que daba sobre la cama desvelaba a todos en la casa.

El ex- nochero del Pabellón N° 3 había quedaba afectado de esa manera a pesar de su vigoroso dominio de sí mismo, adquirido en el transcurso de su azarosa vida.

La tortura psíquica, aplicada científicamente, había abatido, aunque transitoriamente, la fortaleza del nochero del Pabellón N° 3. En el transcurso de una semana, paulatinamente, su fisonomía en general estaba volviendo a la normalidad e iban desapareciendo esos temores magnificados.

Pareciera que el ex- nochero del Pabellón N° 3 había sufrido lo que en psicología se llama un trauma con efecto retardado, es decir que la afección psíquica proviene después de haber padecido la lesión, ya que hasta la salida de Pisagua, el nochero, si bien es cierto estaba demacrado y cadavérico, rapado y ojos desorbitados, pero su mente funcionaba sin demostraciones de alteraciones visibles, como las que fueron desarrollándose al llegar a la casa de su compañera.

Ya repuesto, Jesús, el ex nochero del Pabellón N° 3, se reía y gozaba cuando se le contaba lo ridículo que se veía cuando cantaba, hacía hoyos sin razón en el patio, cuando miraba por las ventanas, etc. Ahora comprendía lo que sentían esos compañeros, fornidos y de pelo en pecho, que tiritándole la barbilla de miedo, rezaban en voz alta “Padre Nuestro que estás en los cielos...” Cuando se veían venir las patrullas ingresando a las celdas, garrotes en manos, golpeando a todos y por donde caía el castigo, ordenando desnudarse y amontonarse en los rincones, todos desnudos y como culebras tratando de reptar por debajo de los otros cuerpos para evitar ser apaleado. El miedo animalizaba a esos hombres que luchaban y frotaban sus cuerpos, cada uno con su fuerza, para

ocultarse bajo el montón de cuerpos que gemían,
rezaban o lloraban.

El nochero del Pabellón N° 3, soportó varias veces
ese ciclón, entero, sin rezar, sin temblor y
observando con su mandíbula apretada y los ojos
abiertos. Por eso que reía cuando le contaron las
ridiculeces que hizo cuando llegó a la casa, días
atrás.

8.7 JESÚS, EL RELEGADO.

Al día siguiente de leídas las sentencias y de ejecutadas las penas de muertes, como consecuencia del Consejo de Guerra, todos los prisioneros condenados por el Tribunal Militar del Campo de Concentración de Prisioneros de Guerra de Pisagua, fueron trasladados a la Cárcel de Iquique, en espera de ser distribuidos a los diferentes centros de reclusión del país. Todos los prisioneros accesoriamente a ser penados a presidio o relegación, excepto los que fueron ajusticiados, fueron exonerados de sus puestos de trabajo y los más jóvenes, algunos estudiantes universitarios o secundarios, también fueron expulsados de sus universidades o colegios.

Desde el día de su detención, suceso ocurrido hacía ya largos y angustiosos seis meses, las necesidades económicas de la familia de Jesús, día a día se tornaban intolerables, con impactos directos en su mujer, en sus pequeños hijos y en todo su entorno familiar.

En ese fatídico día Jesús, el ex nochero del Pabellón N ° 3 del Hospital, inició el periodo más largo de cesantía que ser humano haya padecido. Quizás sea difícil imaginar cuántas hirientes penurias, miserias y privaciones debieron soportar miles y miles de familias modestas y decentes, al haber sido injustamente encarcelado el sostén del núcleo familiar. En el hogar de Jesús, carente de recursos a los cuales acudir en caso de emergencia, la situación era dramática.

La familia de Jesús, en esos primeros meses de sufrimiento, sobrevivía únicamente de la solidaridad prestada por anónimos pobladores. Eran días en que todo el accionar normal de las familias había cesado. Se vivía para subsistir con el mínimo de alimento y postergando todo lo

que no estuviera relacionado directamente con la situación que se estaba padeciendo.

Jesús después de permanecer un día en la Cárcel de Iquique, lugar a donde había sido trasladado desde Pisagua, fue autorizado por la fuerza militar, para permanecer en su hogar hasta la fecha cuando debería presentarse a la Comisaría de Carabineros o Cuartel Militar del pueblo o lugar donde debería cumplir la condena de relegación, con la obligación de firmar semanalmente ante esas autoridades el libro de constancia.

Jesús cadavérico, con casi veinte kilos menos de peso, con sus ojos saltones y asustadizos, de apariencia exageradamente grandes en su rostro macilento u huesudo, asoma su presencia lastimosa al ingresar a su modesta casa. Su hija menor, cercana ya a los ocho años de edad, al ver a Jesús, su padre antes siempre tan altivo y seguro de sí mismo, convertido en un guiñapo, tapándose con ambas manitos su cara y emitiendo un alarido de espanto, corre hacia Jesús a abrazarlo, llorando desconsoladamente. Sus otras dos hijas, un par de años mayores que la anterior y su hijo mayor, bordeando los diecisiete años, también todos sollozando se abalanzaron sobre el cuerpo tan maltratado de Jesús, mientras su estoica y valerosa compañera los acariciaba a todos, tratando de consolar y aminorar esa inmensa pena que sus hijos estaban sintiendo en esos momentos.

Durante estos primero días, Jesús no dejaba de preocupar a todos por sus leves alteraciones mentales, delirios de persecución, sus persistentes entonaciones a toda voz de decenas de himnos militares, obligado a memorizar y cantar en el Campo de Concentración de Pisagua; su afán de embellecer el patio de la casa con piedras pintadas, como si este fuera un patio de un cuartel militar, etc. Con el paso de los días, lentamente, Jesús fue adquiriendo aspecto de normalidad y su actitud volviendo a la sensatez.

Llegando ya el día de la partida hacia el destino de relegación, había que pensar qué hacer para conseguir el dinero del pasaje, donde alojar, como sobre vivir en un lugar donde no se conoce a nadie. Era el inicio de la desintegración de la familia. Dos de las niñas fueron enviadas a casa de sus abuelos. El hijo mayor de Jesús se fue a vivir con un tío. La niña menor quedó con su madre, de quien jamás se separaba. Todos no pudieron seguir estudiando durante ese año y los años posteriores solamente en forma intermitente.

Jesús había cumplido cuarenta años cuando se encontraba en Pisagua y ahora bordeaba los cuarenta y uno. Edad límite para encontrar empleo, además con el estigma de la leyenda en su certificado de antecedentes de haber sido condenado por infringir la Ley de Seguridad Interior del Estado, documento que estaba autorizado requerir obligadamente al Servicio de Registro Civil por todos los empleadores al contratar a un nuevo trabajador.

Jesús carecía de casa propia, como la gran mayoría de los chilenos, sumado a su gran dificultad para encontrar empleo y la inestabilidad habitacional, fueron factores colaterales que marcaron el futuro de la familia de Jesús, desde ese fatídico día del once de Septiembre de 1973.

Jesús vivió solo sus dos años de relegación, conviviendo de allegado en caso de amigos solidarios, arrendando modestas habitaciones en barrios populares, comiendo en diferentes pensiones, en fin, esquivando su miseria económica y siempre temiendo ser nuevamente detenido por los servicios de inteligencia militar. De vez en cuando recibía la visita de su mujer con su hija menor, quien por la total falta de sustento se fue a vivir con su pobre madre a Santiago, conjuntamente con sus otros hijos.

La población vivía tiempos de temor, casi de terror. Las fuerzas militares de inteligencia, con

la impunidad y el poder absoluto del cual estaban investidos, actuaban con brutalidad en contra de los sospechosos calificados contrarios al gobierno golpista. Miles de personas seguían siendo apresadas, torturadas en lugares secreto, asesinadas y muchos de ellos hechos desaparecer. Toda esta ansiedad colectiva impulsaba a la gran mayoría de los pobladores a evitar el contacto con personas que se rumoreaba ser relegados o simpatizante del gobierno derrocado. Jesús, aunque muy reservado para esconder su estigma y dolor, usaba toda sus capacidades para disimular la aprensión que lo embargaba. Aún así, muchos cruzaban la calle para no saludarlo, como si fuere él un paria contagioso.

Obligado a ganar algún dinero para solventar sus gastos mínimos de subsistencia y alojamiento, acudía a veces a las ferias libres a ayudar a cargar sacos, hacer fletes, trabajo por el cual se le daba alguna propina suficiente para cancelar su almuerzo en alguna pensión del lugar. Su experiencia de niñez, de convivencia con personas de escasa cultura, de gente típica chilena, con todas sus virtudes y defectos, le sirvieron durante este periodo.

Sin demostrar en nada su aureola de perseguido por las leyes represivas, Jesús se acomodó a este ambiente sano, festivo a ratos, de esta gente llena de bríos y también de resignación ante tanta barbarie.

En una de esas ferias conoció a un artesano que fabricaba y vendía en ese lugar una variada gama de figuras modeladas en yeso y pintadas. Jesús al verlas quedó impresionado por la perfección y belleza de estas verdaderas obras de arte hecha por este anciano caballero, portador de un viejo gorro que lo protegía del sol y del frío de la noche. Conversando, el viejito le ofreció compañía y también trabajo en su pequeño negocio itinerante entre ferias y ferias. Cierta día el viejecito del

Y OTROS RELATOS” CAP. VIII “ JESÚS, PRISIONERO DE GUERRA EN PISAGUA”
(Tres narraciones de siete de este Capítulo)

gorro decidió dedicarse exclusivamente a la fabricación de esculturillas de yeso de la virgen y de los diferentes santos más venerados y vendidos, pero también, osadamente fabricaba las efigies de personalidades tanto nacionales como extranjeras, las que las ofrecía solamente a clientes escogidos. Entre estas obras, las que las había creado poniendo toda su vena artística y pericia, era el rostro del presidente Allende, de Pablo Neruda, del Che Guevara, de Fidel Castro, de Lenin y de Carlos Marx.

Jesús era ahora el que estaba arriesgando su libertad en el quiosco, ya que si bien es cierto que tenía a la vista del público y colocadas sobre el mesón, toda la gama de figurillas de la Virgen del Carmen y de casi todos los santos más milagrosos, según la gente, también mantenía abajo de la tarima, escondidos y tapados con un paño, los temibles rostros de los enemigos más acérrimos del General Pinochet, el odiado dictador de Chile.

Por razones de seguridad y también para promocionar las habilidades y facultades de sus artículos sagrados, Jesús debió memorizar la vida, pasión y milagros de cada uno de los santos que estaban a la venta, y cuyo precio estaba en directa relación al número de milagros hechos por el ente religioso. Al santo que le hacía una promoción privilegiada y que más admiraba por la vida ingenua que vivió era el llamado San Martín de Porres, el ingenuo sacerdote, de origen modesto, que demostraba su inmensa fe religiosa a los otros sacerdotes, procedentes éstos de poderosas e hidalgas familias, realizando con resignación las labores más subalternas de su iglesia, como barrer, limpiar las letrinas, etc., dando a entender con su acción que él estaba desprovisto de los males de codicia, ambición, prejuicios sociales, etc. Lógicamente que este caballero excepcional y humano, jamás sería nombrado obispo, cardenal y para qué seguir,

muriendo, en consecuencia, en ese estado de siervo de sus superiores. La Iglesia, pasado no sé cuantos años optaron, quizás sintiendo remordimiento y vergüenza, por su santificación inventándole, a este ejemplo de humanidad, una variedad de milagros para justificar su beatificación y santidad.

Con esta religiosa actividad comercial y seguramente con la milagrosa ayuda de San Martín de Porres, Jesús mejoró su situación económica, logrando con ésto enviar pequeñas remesas de dinero a su mujer e hijos, quienes ahora estaban todos viviendo en la humilde casa de la madre de su compañera y abuela de sus hijos en la populosa Población La Palmilla, comuna de Conchalí, en el extremo norte de Santiago.

Cumplido el periodo de relegación impuesta por el Tribunal Militar en tiempo de Guerra con asiento en Pisagua, Jesús retorna al lado de su familia en Santiago. Sumido nuevamente en la casi miseria de años pasados, Jesús ahora debía enfrentar la dura vida que se le estaba presentando, armado con su diploma profesional y otros estudios que había realizado, los cuales de nada le servían para lograr un empleo adecuado.

Recorrió Santiago con su maletín repleto con sus documentos probatorios, golpeó las puertas de antiguos compañeros de curso que estaban empleados en diferentes empresas de Santiago, con la esperanza de recibir algún apoyo o contacto.

Todos lo evitaban y ni siquiera intentaban saludarlo. Desesperanzado y ya hastiado de tanta cobardía de la gente, guardó su maletín y destrozó en mil pedazos su famoso diploma profesional, el que con tanto sacrificio había logrado obtener, dispuesto a trabajar en lo que sea necesario para ganar algún dinero.

Y OTROS RELATOS” CAP. VIII “ JESÚS, PRISIONERO DE GUERRA EN PISAGUA”
(Tres narraciones de siete de este Capítulo)

Trabajó en esos tiempos en las más diversas y curiosas ocupaciones: vendedor de pescado en la feria, en un local que poseía un vecino de la Población; vendedor de libros de una editorial; obrero en una fábrica de estructuras metálicas; escritor de oficios, cartas, etc., escritos a máquina de escribir, en un pequeño espacio de un local del centro de Santiago, de propiedad de un bondadoso y comprensivo señor, que le prestó auxilio, pero pagándole su trabajo a precio de huevo y mientras tanto el se hacía más viejo; sus hijos crecían y el cutis de su mujercita cada día se percutía y arrugaba más y más.

A mediado d 1978, cuando el resentimiento y desilusión del principal partido político de Chile se cansó de tanta soberbia militarizada y rompió con el régimen dictatorial, Jesús inició su trabajo político público, ya que antes estaba impedido por el peligro que significaba para quienes estuvieran a su lado.

Trabajando en actividades orgánicas con militantes del partido antes furiosamente anti allendista y grandes impulsores del golpe militar, ahora planeaban juntos las tareas a realizar en locales pertenecientes a la iglesia católica, se imprimían los panfletos, se realizaban las reuniones de los dirigentes poblacionales, se organizaban las huelgas de hambres, las marchas y concentraciones políticas, etc. Se crea la Comisión de Derechos Humanos y la Agrupaciones de Ejecutados Políticos, la Agrupación de Detenidos Desaparecidos, la Agrupación Pro Retorno de Exiliados Políticos, y otras que se fueron organizando y creando.

Eran tiempos en que todas las fuerzas populares y otras no tan populares, pero todos fanáticamente anti pinochetista, que era lo que interesaba por el momento, trabajaban unidos con el fin anhelado por todos de apresurar la caída del gran dictador.

Y Jesús seguía con su drama de cesantía, transformada ésta ya en casi permanente. Jesús, ya desesperanzado, aceptaba su destino y había dejado de buscar el empleo que deseaba. Nunca lo encontró. Pero lo que jamás ha dejado de hacer es estudiar, prepararse autodidactamente en materias como filosofía política, sociología, sicología social, historia, filosofía de la historia, materialismo dialéctico, materialismo histórico, historia de las religiones, etc. etc.

Jesús ya bordeando los cincuenta años de edad en 1983, aquejado de un molestosa úlcera estomacal, padeciendo también una gran inquietud por el seguimiento frecuente de los servicios de seguridad, fue aconsejado por las personas ubicadas en esferas superiores de la lucha política a dejar Chile por un tiempo, para someterse a un tratamiento médico. Tramitado el refugio político en Francia, Jesús parte a esa nación por un tiempo determinado.

Queda en Chile su mujer y sus hijos, esperando el pronto retorno de su compañero y padre.

8.6 ROMERÍA AL CAMPO DE CONCENTRACION DE PISAGUA.

Era la mañana calurosa del 30 de Octubre del año 1991. Una caravana de vehículos y de hombres, mujeres, niños y ancianos, portando banderas y banderillas chilenas, pancartas y carteles con consignas, avanzaban caminando lentamente por el terroso camino labrado sobre la ladera del cerro y a la orilla del mar. La brisa marina suavizaba el intenso calor y alejaba el polvo de los rostros de esas personas que se dirigían al centenario y abandonado cementerio de Pisagua. Cantando y gritando antiguas consignas, el grupo marchaba hacia el lugar donde había sido ubicada una fosa en la que yacían una veintena de cadáveres de personas torturadas y posteriormente asesinadas en el Campo de Concentración de Prisioneros de Guerra de ese puerto, en el año 1973.

En esa bulliciosa romería, cuyo canto y griterío solo era escuchado por las olas y las arenas de los cerros, se podía divisar a gente de edad, probablemente sobrevivientes del martirio; a hombres y mujeres maduros, seguramente hijos de las víctimas; jóvenes, niños y niñas, nietos y nietas, parientes y amigos de los flagelados y muertos durante la estadía en el Campo de Prisioneros de Pisagua.

Un hombre, casi abuelo, pero aún brioso y dinámico, voceaba la consigna para que la gente repitiera al unísono, como si quisiera con sus gritos hacer recordar a esos cerros testigos de la barbarie que aún, él, seguía vivo y que la memoria de los masacrados permanecía latente en su mente y en la de todos los chilenos .

Jesús, el ex- nochero del Pabellón N° 3, con su semblante encolerizado por el recuerdo de sus compañeros ultimados, lanza al aire los retos al infinito:

Y OTROS RELATOS” CAP. VIII “JESÚS, PRISIONERO DE GUERRA EN PISAGUA”
(Tres narraciones de siete de este Capítulo)

— ¡Compañero, Leonardo!... ¡Presente! ¡Ahora y siempre!

— ¡Compañero, Marcelo!... ¡Presente!

— ¡Compañero, Valencia !... ¡Presente!

— ¡Compañero, Yáñez!... ¡Presente!

— ¡Compañero, Higuera!... ¡Presente!

— ¡Compañero, Márquez!... ¡Presente!

— ¡Compañero, Toro!... ¡Presente!

— ¡Compañero, Guzmán!... ¡Presente!

— ¡Compañero, Palominos!... ¡Presente!

— ¡Compañero, Córdova!... ¡Presente!

— ¡Compañero Ruz!... ¡Presente!

— ¡Compañero, Lizardi!... ¡Presente!

— ¡Compañero, Taberna!... ¡Presente!

— ¡Compañero, Cabezas!... ¡Presente!

Y sigue lanzando nombres al aire y la gente respondiendo ¡ Presente!. ¡ Ahora y Siempre!

El Cementerio de Pisagua que data de mediado del siglo XIX, situado en una estrecha planicie que casi penetra en la falda de los cerros, aprisionado entre éstos y la abrupta ribera del mar, con sus antiguas tumbas de pino oregón, abandonado a la furia del viento marino y del sol, fue el lugar escogido por los militares para esconder los cuerpos de los hombres asesinados. Al costado norte de este recinto cavaron una profunda fosa donde tiraron los cuerpos de veinte compañeros que estuvieron desaparecidos durante 17 años, hasta que la perseverancia de sus deudos y amigos, lograron descubrir el sitio donde yacían sus seres queridos. Desde entonces se ha hecho una costumbre efectuar romerías en fechas significativas o cada vez que por alguna razón se considera necesario.

Después del uso de la palabra de los dirigentes de la Agrupación de Ex- prisioneros del Campo de Concentración de Prisioneros de Guerra de Pisagua y de los aún consecuentes y antiguos políticos, todos sobrevivientes y hoy discriminados y

excluidos, se procede a cantar “La Internacional” y la canción nacional.

A veces por mucho control que se tenga sobre sus emociones el ser humano sucumbe a la presión de los recuerdos que luchan por emerger a la superficie provocando lágrimas y sollozos en rostros viriles y valerosos. Jesús, el casi legendario ex- nochero del Pabellón N° 3, después de una vida bregando, atacando y defendiéndose, siempre guiado por sus principios intransables, no pudo evitar que gruesos lagrimones se deslizaran por sus mejillas, ya rugosas, lo que le causó cierto rubor al ser observado por un grupo de jóvenes que portaban orgullosos banderillas identificatorias de sus posiciones políticas y pancartas con frases alusivas al momento que se vivía.

Al término del acto, lentamente la gente inició la marcha hacia el poblado de Pisagua, lugar donde se iba a continuar el recordatorio con una actividad artística en el antes esplendoroso y hoy vetusto Teatro Municipal, el cual fue utilizado cómo una recinto carcelario más, durante la represión y reclusión de los prisioneros políticos.

Este teatro, construido con pino oregón y al estilo del Teatro Municipal de Iquique, durante el apogeo y bonanza económica producida por la extracción del salitre a mediados del siglo XIX e inicio del siglo XX, se ubica casi encima de las olas que siguen lamiendo sus pilares aún intactos, pese al tiempo transcurrido. Aunque su silueta es ruinoso y decadente, todavía impresiona su imponente figura y deteriorado decorado interno y añeja elegancia.

Jesús, el ex- nochero del Pabellón N° 3, ya encanecido, sumido en sus pensamientos y recuerdos, inconscientemente se fue distanciándose de la gente quedando rezagado de la columna cada vez más y más.

Ensimismado, contemplando las olas furiosas que golpeaban las rocas, casi al borde del camino, se detuvo, prendió un cigarrillo y buscó un peñasco donde sentarse a descansar. Luego bajó hacia una pequeña playita, se tendió sobre la arena mirando el cielo y las gaviotas que revoloteaban por el lugar. Respirando profundo, relajado, entrecerró los ojos y dejó su mente vagar por el tiempo ido.

Su razón se esforzaba para no sumirse en recuerdos de los sucesos acaecidos durante el período que estuvo en la cárcel de Pisagua hacía ya 18 años. Fue en vano. Lentamente cayó en una especie de sopor, entre cansancio y sueño, y su mente traicionera le hizo revivir

Al llegar a Pisagua un contingente de soldados armados con metralletas los hicieron descender del vehículo a culatazos, patadas y golpes. Todos en fila militar, fueron violentamente chequeados, registrados. Las precarias pertenencias de subsistencia, verdaderos tesoros en esos momentos, fueron furiosamente desparramadas por el suelo. El azúcar, el té, la cucharilla, el jarrito para tomar té, la pasta de dientes, etc., todo confundido con la arena y las piedras del lugar. Todo perdido.

Llevados a la cárcel como ganado, con gritos y amenazas se ordenó sacarse la camisa, quedar solamente en pantalones y salir fuera de la cárcel donde había un amplio lugar de suelo con piedrecillas, pequeños trozos de vidrios mezclados con la arena gruesa. Y se inicia la primera tortura colectiva. Piquetes de soldados armados con metralletas y varios oficiales durante horas hicieron arrastrarse por la tierra, a punta de golpes, patadas, insultos, a todos, sin excepción, a todos por igual, a viejos y jóvenes. Con gritos eufóricos, de enajenados, obligaban a comer tierra:

- “¡Coman tierra santa, huevones, traidores a la Patria, coman tierra santa regada con la sangre chilena!”

Obligaban a gritar consignas contra la Unión Soviética, contra los comunistas traidores a la Patria, so pena de golpes y comer tierra santa de Pisagua, regada, según vociferaban fanáticamente, con la sangre de los soldados chilenos durante la Guerra del Pacífico.

Todo el lugar era un campo de quejidos de la gente sometida a este escarmiento patriótico. Al cabo de casi dos horas, todos arrastrándose, sangrando en los codos, en las manos, en la cara, obligados a gritar consignas contra el gobierno derrocado, ingresan a la cárcel como animales asustados, con los ojos desorbitados, bocas sanguinolentas, casi fuera de sí.

Este tipo de flagelación probablemente pueda ser soportable y hasta aceptable cuando se es militar y se es prisionero de guerra de las tropas del país enemigo, pero aquí en Pisagua todos eran chilenos, todos civiles, viejos y jóvenes, estudiantes y obreros, profesionales, etc. Lo que hiere profundamente el sentimiento de amor patrio es comprobar que los hombres que vestían el uniforme del ejército de Chile eran los torturadores que se jactaban de su amor a la Patria, mientras maltrataban con saña a su pueblo. Estas contradicciones y ocurrencias han sido frecuentes en la Historia y prueban cuán difícil ha sido, es y será derrotar la ancestral ambición individualista del ser humano, ya que ni la Iglesia, con Dios vigilándola, ha podido resistir la tentación del interés por la riqueza y el poder.

Después de pasar desnudos por la ducha, la desesperada búsqueda de su camisa o polera, todos fueron distribuidos en las diferentes celdas ya acupadas por otros reclusos. En la celda del

segundo piso, junto a otros 39 prisioneros, Jesús, el ex.- nochero del Pabellón N° 3, se tendía en el suelo, ocupando justo el trecho de su cuerpo, ya que por la estrechez del lugar había que dormir de lado para que todos pudieran caber en la celda. El agotamiento y el cansancio fueron un poderoso somnífero que le hicieron ignorar la dureza del piso, los lamentos, gemidos y los murmullos de oraciones y rezos de algunos de sus compañeros de celda y se durmió, eso sí, preocupado por lo que vendría al día siguiente.

Al día siguiente, al amanecer cerca de doscientos prisioneros parados frente a sus celdas, en los tres pisos de la cárcel, en posición firmes y al un, dos, tres, el oficial ordenó cantar la canción nacional de Chile mientras un soldado de la Patria izaba lentamente la bandera, que no flameaba, quizás de vergüenza, tristeza o a lo mejor por falta de brisa. Al principio no se escuchaba claramente la letra de la canción por lo bajo del tono y totalmente desafinado. Solamente era un murmullo, pero se veía que todos estaban cantando o por lo menos se observaba que todos movían sus labios.

Los oficiales, con arrogancia militar propia del ejército alemán, iniciaron la pesquisa uno a uno para detectar a los rebeldes que se negaban a cantar el himno de la Patria.

Lentamente se fue tornando más nítida la melodía, pero pasaban los oficiales y nuevamente bajaba el sonido. Uno de los prisioneros se negó a mover sus labios. Simplemente no cantó. Fue sacado de su lugar después de ser abofeteado una y otra vez y luego llevado fuera de la Cárcel.. Estuvo varios días en la enfermería, recuperándose de las lesiones.

Al día siguiente, después del café y el pan, nuevamente fueron conducidos al patio los recién

llegados. El mismo trato, los mismos insultos, las mismas palizas y golpes.

Pasar estas pruebas era cuestión de sobre vivencia y aptitud. El ex- nochero del Pabellón N° 3, con su experiencia de ex- militar y ex- carabinero, usaba bien su energía y terreno, pero la edad lo traicionaba. El cansancio, el agotamiento al límite de la resistencia, hace que el ser humano pierda algunas veces el miedo y se torna valiente y desafiante.

El ex- nochero en un momento dado que estaba al borde del desfallecimiento arrastrándose por la tierra, pateado, golpeado y ofendido con insultos humillantes para que avanzara en forma más rápida, fue presa de sus genes que le nublaron el cerebro, le enrojecieron los ojos, multiplicaron su fuerza energética, se pone de pie, levantándose como un monstruo, cubierto su rostro de sudor y arena, se afirma con los brazos abiertos sobre una roca y erguido les grita a los oficiales: ! Disparen, chu... de su ma... , mari... !, etc.

Las balas estallaban cerca, salpicando la roca, pero ninguna dio en el blanco y los oficiales, quizás por qué razón, siguieron maltratando a los otros prisioneros y dejaron tranquilo, por el momento, al ex- nochero del Pabellón N° 3.

Jesús, el ex- nochero del Pabellón N° 3, continuaba tendido sobre la arena, recibiendo los rayos del sol y la frescura del mar, sin percibir la vertiginosa sucesión de ideas, imágenes y evocaciones que su cerebro reproducía, soslayando el espacio y el tiempo. La casi mágica actividad de su mente funcionaba como un aparato de video, retrocedía y avanzaba, a veces velozmente; otras como en cámara lenta y otras congelando la imagen, todo para recordar detalles, gestos, emociones, etc.

Y OTROS RELATOS” CAP. VIII “ JESÚS, PRISIONERO DE GUERRA EN PISAGUA”
(Tres narraciones de siete de este Capítulo)

Estaba recordando la gran emoción que sintió cuando un día que sacaron de la celda individual y de aislamiento a varios prisioneros que ya estaban siendo procesados y según comentarios eran compañeros que se le estaban formulando cargos de mucha gravedad. En esa oportunidad los tuvieron de pié frente a la puerta de la celda durante media hora. Reconoció inicialmente con alegría al verlos después de varios años a Leonardo, al lechero hipiente y a Marcelo, el compañero que había conocido cuando, aún siendo casi un adolescente, había trabajado en las minas de sal de Patillos y fue detenido ahí por un piquete de militares y conducido esa vez a Pisagua, en tiempo de Gonzalez Videla y Carlos Ibañez .

La primera sensación de alegría al verlos, instantáneamente se esfumó cuando captó que los dos estaban casi en capilla, por lo custodiado y aislado en que se encontraban. Leonardo, su amigo de infancia y del barrio, gran hombre, modesto, de pensamientos claros y de actuar franco; Marcelo, un compañero obrero de Lota, valeroso, inteligente y perseverante, que por segunda vez pisaba Pisagua por la causa de su vida.

Solamente hubo una oportunidad en que ellos lo reconocieron desde lejos y le levantaron la mano en señal de saludo poco antes del inicio del Consejo de Guerra.

Días después, el nochero del Pabellón N ° 3, fue también aislado en una de las celdas dispuesta para prisioneros que por alguna causa desconocida eran considerados como hombres principales desde el punto de vista político. Jesús tenía la sospecha que algo grave estaba sucediendo, cuando días antes de su separación del resto de los prisioneros, fue percibiendo que muchos compañeros le estaban eludiendo su compañía e incluso el saludo. Esta sensación y preocupación aumentó cuando cierto día fue

Y OTROS RELATOS” CAP. VIII “ JESÚS, PRISIONERO DE GUERRA EN PISAGUA”
(Tres narraciones de siete de este Capítulo)

llamado a presentarse al lugar donde habitualmente iban los compañeros creyentes y religiosos a confesarse o recibir la bendición del cura que estaba destinado en el Campo para realizar esa función misericordiosa. Para el nochero era como la antesala del que va a morir libre de pecado. Estaba bastante preocupado ya, cuando se ordena su traslado a la celda de aislamiento, cerca de los compañeros que esperaban una posible sentencia de fusilamiento.

Llevaba varios días encerrado, sin contacto con nadie, cuando una noche, todo el penal a oscura, escucha gritos e insultos. El nochero apega el oído a la abertura del piso con la puerta de la celda para escuchar mejor lo que pasaba afuera, en el piso de cemento del patio central de la cárcel. Sintió un cuerpo que se arrastra y se queja con el esfuerzo, golpes secos, improperios y groserías, sonidos de yataganes raspando el pavimento, seguidos de lamentos y gemidos. Era un prisionero que estaba siendo torturado obligándolo a arrastrarse en círculo alrededor del patio carcelario. Cuando el cuerpo pasaba justo cerca de la puerta donde tenía la oreja el nochero del Pabellón N° 3, éste podía escuchar hasta la respiración entrecortada del martirizado y los cortes que rebanaban parte de su cuerpo. El suplicio duró cerca de una hora; luego un silencio larguísimo, el chirrido de la puerta de fierro y una voz imperativa que llama al médico. Se escucha después un ruido de arrastre de algo que roza el suelo, nuevamente el chirrido de la puerta ferrosa y nuevamente el silencio absoluto.

Acababan de asesinar a un compañero. Después supo el nochero del Pabellón N° 3 que el flagelado esa noche había sido su amigo Marcelo.

En esos días el proceso de interrogatorio del Consejo de Guerra estaba en pleno apogeo. A la

celda de aislamiento del nochero introdujeron a dos compañeros más.

Una noche, cerca de las diez, se sienten varias ráfagas de metralleta en el exterior de la Cárcel y el ruido de ir y venir de militares. Como a la hora, todo a oscuras, suena al conocido chirriar de la puerta de fierro, unos taconazos y la voz potente del capitán:

“Se ha fugado uno de los prisioneros que estaban afuera para ser interrogados, Se le está buscando, pero si no aparece en una hora será sacado de cada celda un prisionero y será fusilado, conforme al reglamento militar” . Taconazos de nuevo, el chirrido de la puerta y el silencio absoluto. El nochero del Pabellón N ° 3, ante tal noticia, se acostó de espalda sobre el suelo, con sus brazos cruzados bajo su nuca, cierra los ojos y vuela su imaginación evocando en hermosos coloridos brillantes los rostros de su madre, de su hosco pero querido padre; de sus hijos, de su compañera, todo irradiando felicidad y bienestar. Eran los segundos maravillosos que, según dicen los científicos, el cerebro gratifica cuando sus células detectan la proximidad de la muerte. Mientras, Jesús, el nochero del Pabellón N° 3, se resigna a la suerte que está por venir, uno de los compañeros de celda, tembloroso sujeta una pequeña Biblia y comienza a rezar en voz alta, con un fanatismo realmente molesto, pero comprensible. Pasado unos momentos, nuevamente ruido de balas durante unos minutos, se escucha la voz del oficial, que comunica que el prisionero fue capturado y que fue ajusticiado en el lugar donde fue encontrado. Luego, el silencio hasta el otro día.

El Consejo de Guerra y su proceso de interrogatorio cruel e inhumano, cuyos métodos han sido utilizados desde hace siglos o talvez miles de años, por todos, por razones imperiosas de conflictos de poder entre reyes, príncipes,

Y OTROS RELATOS” CAP. VIII “ JESÚS, PRISIONERO DE GUERRA EN PISAGUA”

(Tres narraciones de siete de este Capítulo)

religiones, etc., con objeto de obtener información útil a los torturadores. Pero en el caso de Pisagua, no era ése el objetivo, porque los prisioneros eran civiles, hombres, mujeres, obreros y profesionales, estudiantes, todos gente pacífica simpatizantes de un gobierno elegido conforme a la Ley y estaban siendo torturados con el único fin de aterrorizar, atemorizar. No había nada que decir, excepto el tener alguna militancia política que era lícita, legal, constitucional. La atrocidad con que se trataba a la gente era casi semejante a la utilizada por la Santa Inquisición, de la Iglesia Católica, maestra en este satánico arte, que torturaba y condenaban a la hoguera a los que consideraban herejes, solamente con el fin de escarmentar y disuadir a quienes se atrevieran a enfrentarse con el poder de la Iglesia. En este caso, se estaba actuando de la misma forma y con la misma finalidad: aterrorizar, amedrentar, amenazar. Cuántos compañeros fueron torturados y asesinados sin saber porqué los estaban flagelando, excepto por pensar políticamente diferente y nada más.

Terminada la etapa de interrogatorio de este Consejo de Guerra, porque hubieron varios, dejando una lista de personas muertas en torturas, asesinados por la ley de fuga, desaparecidos, etc., el Comandante del Campo de Prisioneros de Guerra de Pisagua, - Prisionero de Guerra, era el nombre y la denominación que se le daba a los humildes obreros; a los decentes empleados públicos; a los trabajadores en general y gente modesta, todos detenidos en esa Caleta transformada en Recinto Militar- anunció a toda la población penal debidamente formada y alineada, que según las conclusiones y deliberaciones de los miembros del Consejo de Guerra, había dictado las sentencias, procediendo a leer los considerando:

“El Honorable Consejo de Guerra, en posesión de las declaraciones y confesiones obtenidas

Y OTROS RELATOS” CAP. VIII “ JESÚS, PRISIONERO DE GUERRA EN PISAGUA”
(Tres narraciones de siete de este Capítulo)

durante la etapa investigativa de los hechos subversivos que pusieron en peligro la vida de los miembros de la Fuerzas Armadas de nuestra querida Patria con intenciones de socavar la institucionalidad de la nación; con irrespeto absoluto a la sagrada Constitución Política del Estado y de las demás leyes del país; con intenciones de aplicar modelos y teorías extranjeras antipatriotas y antinacionales; organizando cuerpos paramilitares debidamente armados y logísticamente apertrechados con el fin de asesinar a los altos jefes militares de nuestras Fuerzas Armadas; que por tanto, considerando que todo lo anteriormente expuesto y comprobado, según la documentación que rola en los respectivos expedientes, están tipificados como traición a la Patria, y que según lo dispuesto en los artículos pertinentes del Código de Justicia Militar, de la Constitución Política del Estado y las leyes aplicables en cada caso en particular, se condena a muerte a... , “. Enseguida el Comandante del Campo comienza a nombrar a los condenados a muerte, a los sentenciados a cadena perpetua, a los sentenciados a 25 años de prisión etc. etc., anunciando al final que las penas de muerte por fusilamiento se llevarían a cabo al amanecer del día siguiente.

El Comandante y el grupo de Oficiales que lo acompañaban se retiraron, marciales, soberbios, orgullosos, cubriendo sus ojos con grandes lentes oscuros.

El calvario había terminado con la dictación de las sentencias, por lo que muchos estaban tranquilos y resignados, ya que al día siguiente serían todos trasladados a las diferentes cárceles del país a cumplir las condenas impuestas, institución que era un jardín infantil comparado con el Campo de Concentración de Pisagua. Todos respiraban aliviados, excepto los que estaban resentidos y disconformes con las sentencias, pues hubo casos en que líderes

Y OTROS RELATOS” CAP. VIII “ JESÚS, PRISIONERO DE GUERRA EN PISAGUA”
(Tres narraciones de siete de este Capítulo)

vocingleros, revoltosos, provocadores muchas veces sin motivos razonables, se tornaron hipócritamente temerosos, miedosos, casi cobardes, logrando una condena suave en comparación a la de otros, que sin tener responsabilidades políticas y de ningún tipo, fueron cruelmente maltratados y duramente condenados. Quizás, el propósito principal era castigar la firmeza del pensamiento, la ideología, la fortaleza mental y no tanto los aspavientos revolucionarios. Varios de los terribles y violentos revolucionarios, que mostraban su enojo con el sistema capitalista mediante posturas teatrales y vestimentas verde oliva durante el apogeo del gobierno del Presidente Allende mostraron su debilidad en esta ocasión y fueron liberados sin conocerse el porqué de esta contemplación. Tipos como éstos se hundieron en el anonimato durante los largos años de persecución ideológica de la dictadura militar y gozaron de la complicidad de las autoridades militares opresoras. Algunos que contaban con los medios económicos y amistades influyentes optaron por refugiarse en el poderoso país rector de la política y economía de los países latinoamericanos y donde viven los principales gestores y cómplices de la desgracia que estaba sufriendo la población chilena. Hoy, con la actual democracia que se vive en el país bajo el alero y vigilancia de los Estados Unidos, algunos de estos personajes se lucen en el Parlamento, en los Ministerios, en las Gobernaciones e Intendencias, etc. etc. Están en el poder y conforman, no todos por supuesto, parte importante del gran muro de contención que impide avanzar hacia una verdadera democracia, hacia una transformación profunda y verdadera de la sociedad chilena.

Jesús, el nochero del Pabellón N° 3, sentado en el suelo en un rincón de la celda, se sentía triste y consternado. Su amigo de adolescencia y juventud, el hombre sabio, honesto y valeroso,

sería fusilado en una cuantas horas más, cuando amaneciera.

Pero también estaba disgustado, desilusionado, casi agraviado, porque, él, que se auto consideraba como un verdadero peligro ideológico para los explotadores y la mentalidad facistoide de las fuerzas armadas chilenas, no le habían respetado esta calidad y solamente había sido condenado a relegación. No le cabía en la cabeza esta terrible ignorancia cometida por los especialistas en interrogatorios militares. Cómo pudieron equivocarse tanto con él, se atormentaba, Jesús, el ex- nochero del Pabellón N° 3.

Pobre nochero del Pabellón N° 3, se sentía humillado y avergonzado con esa sentencia ridícula propia de un militante de la Juventud, pero no para él, que ya bordeaba los cuarenta años. Con los ojos rojizos de rabia y pena, lentamente fue vencido por el abatimiento, la fatiga y el sueño. Dormitó, con la conciencia abierta y atenta, hasta cuando el movimiento y los ruidos lo despertaron al amanecer.

Miró hacia el patio central de la Cárcel y vió con sorpresa un altar, con sus pañitos, candelabros, velas grandes como cirios, crucifijos y toda la parafernalia que se usa cuando el cura oficia misa o un rito religioso. Todos los presos enflaquecidos, algunos casi esqueléticos, demacrados, formados frente al altar prestos para presenciar no se sabía qué.

Después de unos minutos de espera se acerca la comitiva de oficiales militares, encabezados por el comandante del Campo, todos con los acostumbrados lentes oscuros. Más adelante venía el sacerdote o capellán, a paso lento y mirando hacia el suelo, vestido con la túnica dominguera, blanca con encajes y todos los atavíos típicos usados en las ceremonias católicas. Un soldado, procedió a encender las velas colocadas sobre

Y OTROS RELATOS” CAP. VIII “ JESÚS, PRISIONERO DE GUERRA EN PISAGUA”
(Tres narraciones de siete de este Capítulo)

el altar provisorio y levantado improvisadamente para esta solemne ocasión. El cura se adelantó, se ubicó frente al crucifijo, abrió un libro que portaba en sus manos y empezó el sermón. No se sabía si estaba leyendo el libro, o un papel o estaba improvisando.

“Dios ha reunido aquí, con su misericordia y bondad, a sus hijos para bendecirlos y recordarles que El tiene caminos misteriosos para mitigar los dolores de la humanidad. Él que todo lo sabe y que está en todo lugar, sabrá recompensar a quienes hoy dejan este mundo. Tengan fe en Él, todopoderoso, y sus penas serán aliviadas”

Y siguió el señor cura justificando con sofismas propios de un filósofo griego de la antigüedad, la decisión de Dios de enviar al Cielo a los condenados que iban a ser fusilados en unos instantes más, todo dicho con elegante y culta retórica.

Ante tal espectáculo, el cerebro y también el corazón, del ex- nochero del Pabellón N ° 3, hacía transitar los circuitos de las neuronas a una velocidad jamás experimentada, lo cual le estaba enrojeciendo el rostro; le transpiraban las manos; los músculos de las mandíbulas se le estaban tensando como cables de acero. Esa maravillosa máquina biológica buscaba desesperadamente una respuesta lógica, verdadera, ante la increíble contradicción que sus sensores estaban captando.

¿Cómo es posible, que ese ser invisible, que todo lo sabe, infinitamente piadoso y bondadoso, protector de los humildes y pobres de espíritu, fuera tan cruel y ordene a esos esbirros uniformados cometer tanta barbarie en su nombre con gente buena, fieles amantes de la justicia y de los hombres sanos de mente y generosos?. El momento que estaba tolerando no era propicio para filosofar sobre la decisión de Jesucristo de

Y OTROS RELATOS” CAP. VIII “ JESÚS, PRISIONERO DE GUERRA EN PISAGUA”
(Tres narraciones de siete de este Capítulo)

eliminar de esta vida a esos hombres que nada habían hecho contra Él y se esforzó para dominar la situación. Ya más calmado y razonando conforme a la orden emitida por sus células cerebrales, se dispuso a observar con atención lo que vendría.

Terminada la introducción religiosa del sacerdote, un oficial y dos soldados se acercan a las celdas donde estaban enclaustrados los condenados a muerte.

Engrillados de pies y manos los hacen avanzar hasta el centro de la capilla, con claras evidencias de estar con sus extremidades entumecidas y adormecidas por el apriete de los grilletes; se adelanta el Comandante del Campo y comienza a leerles los considerandos de la sentencia, el articulado de la Constitución Política del Estado, los artículos del Código Militar infringidos; fundamentando la necesidad que tiene la Patria de defenderse de los elementos que atenten contra su sagrada tranquilidad ; por el ejemplo de los niños, futuro de Chile, etc.

Terminada la intervención, con una seña el Comandante autorizó a los que iban a morir que usaran la palabra.

El primero, levemente nervioso, declaró su inocencia en las acusaciones que se le habían formulado, se despidió de todos sus compañeros con un Viva Chile y el puño de su brazo izquierdo levantado. Enseguida, el comandante del Campo da la orden que se acerque el jeep que esperaba dispuesto para esta labor, abren la puerta trasera y dos robustos soldados de la Patria, alzan el cuerpo del prisionero, lo balancean un poco y lo lanzan contra el piso del vehículo militar.

El segundo, dijo algo parecido, con más fuerza y determinación, terminando sus breves palabras también con un sonoro ; Viva Chile! y el brazo

izquierdo levantado y el puño cerrado y es lanzado de la misma manera dentro del jeep.

El tercero era Leonardo, el amigo de adolescencia y casi maestro del nochero del Pabellón N ° 3. Visiblemente demacrado, pero entero, se dirigió a todos y mirando a los oficiales y al señor cura expresó:

“No soy el primero ni último que muero por luchar contra los mitos, engaños de los hipócritas que dicen amar a la Patria. Ellos son los traidores, porque la Patria somos nosotros, somos el pueblo. La Patria no es un trapo, ni tampoco son los poderosos, los ricos, los generales ... ¡Viva Chile!” No alcanzó a terminar, de un culatazo en el estómago lo obligaron a doblarse y luego los mismos campechanos soldados de la Patria lo alzaron, lo balancearon un poco y lo tiraron dentro del vehículo militar a la usanza de los carniceros cuando cargan los corderos.

La caída del cuerpo sobre el piso de vehículo militar, escuchada por todos, fue sentida seca, brusca, semejante al sonido que ocasiona un saco de papas al dejarlo caer. Todo en silencio, todos mudos. El motor del vehículo militar empezó a funcionar e interrumpió los pensamientos de los prisioneros presentes testigos de tal barbarie. Todos expectante, atentos, tratando de percibir cómo el ruido del vehículo de la muerte se alejaba más y más. Rompió el silencio sepulcral un prisionero que comenzó a tararear ... “Llegó la hora de decir adiós...

Era la Canción del Adios, que poco a poco se fue percibiendo con claridad la letra y el tono fue subiendo hasta convertirse en un sonoro y fuerte coro. Algunos tartamudeaban de emoción; otros dejaban correr por sus mejillas sus lágrimas, sin poder controlarlas, mientras el tono se iba tornando violento, casi insultantes para el cura y los señores oficiales presentes.

Luego un silencio de iglesia, para escuchar todos atentos al ruido del motor del jeep militar con su carga humana que lentamente iba alejándose hacia el desierto donde serían ajusticiados los tres patriotas chilenos.

Jesús, el ex- nochero del Pabellón N° 3, estaba transpirando a todo sol, tendido en la playa. Se despabiló, prendió otro cigarrillo y consultó la hora. Pasó media hora a todo sol, recordando a sus amigos y compañeros asesinados hacía 18 años. Se levantó y se fue caminando lentamente por el camino polvoriento hacia el Teatro de Pisagua, donde seguramente lo estarían esperando sus amigos y compañeros.

Autor: Hugo Eduardo Díaz.